





ANACLET PONS

La memoria digital del mundo

Los historiadores y el archivo¹

The Digital Memory
of The World

The historians and the archive

Anaclet Pons
Anaclet.Pons@uv.es
Universitat de València

Citación: Pons, Anaclet (2018). "La memoria digital del mundo: los historiadores y el archivo". *Tábula*, n. 21, pp. 23-38

Recibido: 18-07-2018. *Aceptado:* 29-09-2018

Resumen analítico / Analytic summary

Este ensayo explora el papel y la influencia que los archivos han ejercido y ejercen sobre las prácticas historiográficas. Partiendo de esta idea, el estudio intenta mostrar, por un lado, qué significa la desmaterialización de las fuentes y del archivo, con algunas de sus implicaciones. Por otro lado, subraya la dificultad que tienen los historiadores (en algunos casos) para percibir y (en otros) para asumir esa transformación. En definitiva, busca reflexionar sobre el hecho de que el archivo, en el sentido tradicional en el que lo entendíamos, ha quedado afectado, viendo erosionada su importancia y cuestionado su papel como monopolio de la memoria, del pasado.

HISTORIA | HISTORIOGRAFÍA | ARCHIVO | DIGITALIZACIÓN | DESMATERIALIZACIÓN | MEMORIA | PASADO

This essay explores the role and influence that archives has exerted and exerts on the historiographical practices. With this in mind, this study tries to show, on the one hand, what the dematerialization of the sources and the archive means, with some of its implications. On the other hand, it emphasizes the difficulty that historians have (in some cases) in perceiving and (in others) in assuming that transformation. In short, it seeks to reflect on the fact that the archive, in the traditional sense in which we understood it, has been shaken, seeing its importance eroded and its role as monopoly of memory, of the past, questioned.

HISTORY | HISTORIOGRAPHY | ARCHIVE | DIGITALIZATION | DEMATERIALIZATION | MEMORY | PAST

“Es una memoria centralizada del género humano lo que nosotros estamos construyendo, tratando de almacenarla en un espacio lo más pequeño posible, del tipo de las memorias individuales de nuestros cerebros.

Pero es inútil que le repita estas cosas precisamente a usted que entró en nuestra organización al ganar el concurso de admisión con el proyecto «Todo el British Museum en una castaña».
(...)

El resultado final de nuestro trabajo será un modelo en el que todo cuenta como información, también lo que no es”.

Italo Calvino, “La memoria del mundo”

En una de sus varias anticipaciones, Italo Calvino halló otra solución, en este caso *cosmicómica*, al dilema que Jorge Luis Borges había planteado unos años antes, el de la imposibilidad de hacer coincidir el mapa con el territorio. Como se sabe, en “Del rigor en la ciencia”, el narrador argentino imaginó un imperio en el que la cartografía se había perfeccionado de tal modo que se levantó un mapa del imperio mismo, con su coincidente tamaño, algo que las generaciones posteriores consideraron inútil y entregaron a las inclemencias del sol y de los inviernos. Por supuesto, el propio Borges también había ideado sus propias anticipaciones, incluso antes, como esa del *aleph*, “uno de los puntos del espacio que contienen todos los puntos”, “el lugar donde están, sin confundirse, todos los lugares del orbe, vistos desde todos los ángulos”. Aunque, claro está, esa esfera tornasolada, que contenía todo el espacio cósmico sin disminución de tamaño, podría ser cualquier cosa. Porque, amén del defecto de no existir, el nombre *aleph* remite a la primera letra del alfabeto, de modo que bien podría referirse a una biblioteca exhaustiva².

Lo que ambos escritores desconocían es que llegaría el momento en que toda la información disponible podría caber en una “castaña”, incluido ese mapa, como tampoco podían prever, por eso mismo, que tal eventualidad sería compatible

con una cantidad de información de volúmenes insospechados. Esa novedad, interiorizada ya, es tan evidente que en ocasiones resulta difícil de mostrar y complicada de captar en todas sus consecuencias. El propio Borges, en “El Aleph”, fue consciente de eso mismo y confesó que, una vez vista la esfera, su relato se tornaba inefable, por la dificultad de transmitir su infinitud con un lenguaje no apto para tales fines, dado que lo que vio “fue simultáneo” y lo que podía transcribir, “sucesivo, porque el lenguaje lo es”. Si es dificultoso es precisamente porque el lenguaje (dijo Borges) se ejercita presuponiendo un pasado que los interlocutores comparten, de modo que, cuando las experiencias pasadas se alejan de las prácticas presentes y de las expectativas futuras, resulta costoso describirlo en los términos habituales (y por eso mismo, como dijo Borges, prodigan los “emblemas”, a que tan aficionados son los místicos digitales).

1. Estas dos imágenes literarias expresan de modo inmejorable las dos ideas que pretendo abordar en los párrafos que siguen. Por un lado, lo que significa la desmaterialización de las fuentes y del archivo, con algunas de sus implicaciones. Por otro, la dificultad que tenemos los historiadores para en algunos casos captar y en otros asumir esa transformación. Empezaré por esto último.

De entrada, ha de reconocerse que la metáfora de la “castaña” era hasta hace pocos años imposible, solo imaginable precisamente en la ficción y que, por tanto, la celeridad con la que se ha impuesto entorpece su asimilación. Pero no es esa la razón fundamental por la que nos cuesta reconocerla. A mi modo de ver, la causa ha de buscarse en el trastorno que provoca, que es directamente proporcional a la importancia y el peso de aquello que erosiona. Es la pérdida y lo que con ella perdemos lo que problematiza ese reconocimiento. Y en ese sentido, los elementos centrales tienen que ver con el documento y el archivo, con su importancia para los historiadores.

Es sabido que la historia, en tanto práctica y profesión, se constituyó reclamándose como ciencia, donde la principal preocupación era disponer de un objeto empírico, los documentos, y un método propio, neutral y objetivo, con el que se pudiera averiguar cómo ocurrieron cosas. En oposición, pues, a la vieja crónica, eso suponía afirmarse como ciencia de los hechos y de los detalles, aspirando a la objetividad y estableciendo para ello determinados procedimientos. En ese sentido, como señaló Bonnie G. Smith, los historiadores del siglo XIX fijaron dos prácticas fundamentales para alcanzar esa científicidad y contribuir a la profesionalización de la disciplina: la investigación en el archivo y el seminario. Para esta historiadora, esas dos actividades fueron tan esenciales e influyentes dentro de la profesión como los ideales de verdad y objetividad (Smith, 2000, 103 y ss.). En todo caso, en esta ocasión me interesa más profundizar en la primera de ellas, sin por supuesto menospreciar la segunda, que de todos modos tenía, entre otras funciones, apuntalar la visita al archivo y el trato metódico con los documentos.

Smith señala además cómo ambas prácticas formativas se tradujeron en la formulación de descripciones metafóricas y emotivas –que en la mayoría de las ocasiones tenían implicaciones de género, enfatizando la identidad masculina del grupo–. Tales descripciones nos hablan precisamente de cómo los historiadores veían e imaginaban los archivos en tanto repositorios de conocimiento y de cómo, a través de aquellas, alcanzaron un consenso disciplinario sobre el valor de éstos: el archivo era el lugar en el que los historiadores anclaban la verdad que aspiraban a mostrar, para lo cual se exigía trabajo duro y habilidad, el arduo trabajo que permitiría hallar documentos auténticos y la habilidad necesaria para estudiarlos profesionalmente. En consecuencia, aquellas descripciones, para lo que aquí nos interesa, tenían que transmitir cuán diferente era esa actividad profesional de la que realizaban, con la mejor intención, los aficionados o diletantes, incluso los novelistas. Por eso, en lugar del lenguaje lo común, se deslizaban hacia lo experiencial, empleando expresiones metafóricas y emotivas –melodramáticas y obsesivas– para enfatizar su compromiso con los objetos de su amor, los documentos y el archivo.

Ranke fue sin duda quien mayor fama se labró por sus incursiones en los archivos, y acaso también quien con mayor expresividad se refirió a ellos. Hasta el punto de que Anthony Grafton, y no es el único, acabó por afirmar que “las colecciones de fuentes primarias y los legajos de actas de archivo lo excitaban como un trebolarse a un cerdo” (Grafton, 1998, 30). Es decir, fue el paladín de ese descubrimiento de la historiografía, el de los placeres del archivo. Y ese arrebató lo enumeró utilizando metáforas variadas: unas veces imaginaba que los documentos era hermosas princesas y él un príncipe con poderes mágicos que las rescataría del castillo donde las tenían encerradas, otras se veía como Colón descubriendo un Continente. Se trataba, por supuesto, de transmitir la idea de actividad incesante y viril, de trabajo y de virtud cívica, frente a la pasividad del aficionado, para lo cual dramatizaba sus relatos de las visitas a los archivos y de las dificultades para conseguir los preciados documentos. A finales de 1827, estando en la *Hofbibliothek* vienesa, pudo por fin acceder a unos informes (*relazioni*) de los embajadores venecianos, de modo que le escribió a su amigo y colega Heinrich Ritter diciéndole: “tengo un espléndido y amoroso *tête-à-tête* con el objeto de mi amor, una bella italiana [*eine schöne Italienerin*], y espero que logremos procrear un prodigio ‘Romano-Germánico’. Completamente exhausto, me levanto a las doce en punto” (Muller, 2010, 109).

Aunque esa frase ha de leerse en su contexto y entenderse como parte de una comunicación entre dos amigos varones, Ranke utiliza un lenguaje claramente sensual para transmitirle la alegría del encuentro con dichos informes, transformándolos en un cuerpo femenino con el que –metafóricamente hablando– mantiene relaciones sexuales y espera procrear. La cualidad física de esas *relazioni* le provoca, pues, el éxtasis soñado. Para la citada Bonnie Smith, esa imagen era

la contraparte de las dificultades, el sufrimiento e incluso la tortura que habitualmente tenían que soportar aquellos estudiosos en sus tratos con los archivistas y en los archivos. A la vez que daban fe de las malas condiciones con las que tenían que bregar, enfatizaban el coraje masculino necesario para superarlas, generando así una fijación con el objeto de deseo y un férreo compromiso con los rituales necesarios para liberarlo y apropiárselo. Para Smith, esos estudiosos, maníacos y fetichistas, describieron una experiencia muy particular –que deseaban distinguir de la del ciudadano corriente–, definida por su veneración y aprecio al verdadero valor de un documento. Y eso hacía que el lenguaje idealista de la objetividad histórica fuera paralelo al lenguaje del amor fetichista.

Me interesa destacar, por otra parte, que esa fetichización, o sublimación, no solo se agranda por las penalidades de la búsqueda o la consulta documentales, sino que se acompañaba de la queja por la escasez y, con el tiempo, por su penoso inventario. A medida que la disciplina se profesionalizaba y aumentaba el número de sus practicantes, la necesidad o la voluntad de investigar un objeto o un período podía verse truncada no ya por la falta de fondos sino por su insuficiente catalogación.

En tiempos de Ranke, el lamento se producía en casos muy concretos y, en todo caso, cabía la esperanza del paso del tiempo. A mediados de los años 30, en las aclaraciones a su *Histoire de France* y tras advertir de las lagunas en determinados archivos, Jules Michelet lo veía así: “venceremos porque somos la muerte, tenemos un poderoso atractivo; cada revolución redundará en nuestro beneficio. Solo tenemos que esperar: “Patiens, quia æternus”. Tarde o temprano recibiremos a los vencidos y a los vencedores” (Michelet, 1835,703). Años después, Charles Victor Langlois y Charles Seignobos compendiarían todo lo anterior y mostraban su impaciencia por la ordenación de los fondos consultables. El método histórico consiste en examinar los documentos para poder determinar los hechos pasados. En consecuencia, sin documentos no hay historia, de modo que el problema era la falta de inventarios descriptivos y sus correspondientes índices, el lamentable estado, en fin, de la heurística, lo que “supone en la práctica que no podemos saber salvo por casualidad si un documento existe o no. Los avances en historia dependen en gran parte de los progresos en la catalogación, hoy fragmentaria e imperfecta, de los documentos históricos. En esta cuestión no hay discrepancias” (Langlois y Seignobos, 2003, 68).

Pasadas unas décadas, y a pesar de las críticas que la escuela de los *Annales* dedicó a sus precursores en otros aspectos, Marc Bloch reiteró el mismo desasosiego: “una de las tareas más difíciles del historiador consiste en juntar los documentos que piensa necesitar. No lo lograría sin la ayuda de guías diversas: inventarios de archivos o de bibliotecas, catálogos de museos, repertorios bibliográficos de todo tipo”. En suma, “nuestra civilización habrá hecho un inmenso progreso el día en que el disimulo, erigido en método de acción y casi en virtud

burguesa, deje el lugar al gusto por la información, es decir, necesariamente, por el intercambio de información” (Bloch, 2001, 90 y 95).

No es necesario aludir a otros historiadores para concluir que el archivo y el documento (y de ahí las diversas y metafóricas formas de referirse a ambos) constituyen un principio central en la disciplina, un principio que proporciona un sello característico, una garantía, credibilidad. Esos depósitos están relacionados en los prolegómenos de nuestras monografías, o detallados al final de las mismas o en las notas correspondientes, y remiten a un lugar real que se puede visitar y que alberga aquello que sustenta lo dicho. Como ha señalado Thomas Osborne, otorgamos una gran importancia a la credibilidad de los archivos —como no puede ser de otro modo—, de manera que, si bien podemos interpretar el pasado de formas variadas, solamente se nos reconocerá como auténticos profesionales si generamos credibilidad archivística. Es una cuestión dual —añade—, pues por un lado remite a una epistemología, al tipo particular de método, conocimiento y razonamiento que se le asocia y, por otro, alude a un aspecto ético, pues ir al archivo es un signo de estatus, de autoridad, que confiere cierto derecho a hablar. Así pues, es la consulta de los documentos la que permitirá obtener una forma de verdad sobre el pasado y una cierta autoridad ética para referirse a él. Dicho así, se comprende por qué el archivo siempre ha sido imprescindible como recurso sobre el que basar las demandas de disciplinamiento (Osborne, 1999, 53-54). El archivo y el documento, sí, pero cierto tipo de archivo y de documento.

2. Marc Bloch, como hemos visto, suspiraba por la llegada de un momento futuro en el que arraigara el gusto por la información, por el intercambio de información. Ese momento ha llegado, pero no bajo la forma que acaso él imaginó, hasta el punto de que nuestro mundo textual se ha desordenado por completo. Diríamos que los documentos no son lo que eran, que no los generan quienes habitualmente lo hacían, que la escasez ha desaparecido, que han mutado las formas de consulta, que los depósitos que los contenían no mantienen sus rasgos y que el espacio físico del archivo se está resignificando.

En efecto, la razón fundamental de que el archivo y el documento hayan mutado como lo han hecho se debe a que el soporte ha variado, a que el documento no está necesariamente ligado a algo físico, lo que permite además su reproducción o modificación indefinidas. Es decir, el documento se ha desmaterializado, con lo que además los textos se han dissociado (y cualesquiera otras fuentes de información) de su acostumbrada materialidad. Con esa alteración, el soporte es una “castaña”, o “memoria digital”, en la que se almacena todo sin distinción. No hay divergencia digital, como sí la hubo en la era analógica, entre una revista, un prospecto medicinal, un audio o un video. El espacio que antes ocupaban se desvanece, al menos parcialmente.

Veamos, pues, brevemente algunos aspectos a considerar a este respecto. En primer lugar, como ha indicado reiteradamente el historiador Roger Chartier, ello provoca una triple ruptura, que afecta a los soportes, a las técnicas de reproducción y a las maneras de leer (o de tratar los textos). Cualquiera de nosotros, historiadores o archiveros, estábamos acostumbrados a un orden en el que el tipo de contenido (o de discurso) se relacionaba con el objeto característico que lo incorporaba: el libro o el diario, si eran textos; las grabaciones sonoras en sus diversos formatos; etcétera. Así, se diferenciaban diversas categorías de contenidos o fuentes y diferentes formas de lectura o de uso (y también de almacenamiento). Este orden de los discursos cambia profundamente con la textualidad electrónica, en tanto todo tiene la misma textura, sin diferencia alguna, sin importar qué tipo de contenido sea, de modo que todo es visto y oído en un mismo soporte (la pantalla), como si de un antiguo rollo se tratara y según decida el usuario. Es decir, hay una continuidad que ya no diferencia los diversos discursos a partir de su materialidad propia (Chartier, 1999).

En segundo término, cambia también y por las mismas razones, el emisor habitual, porque a lo anterior se añade la proliferación de medios técnicos, al alcance de cualquiera, que permiten “documentar” al instante cualquier cosa sucedida. Si antes era el poder, mediante sus actos administrativos y de control, o determinadas instituciones de la sociedad civil, quienes documentaban, ahora hay una presencia constante de cualquier “yo”, que se expresa, incluso que archiva. Sin soporte, con los medios técnicos actuales y sin problemas de almacenamiento, desarrollamos esta nueva capacidad. El resultado es la actividad desenfrenada del usuario, que produce y almacena contenidos en cualquier circunstancia, porque su memoria es digital y parece infinita. Se genera así una pulsión de conservación, una pulsión de archivo, un mal de archivo, como indicó Jacques Derrida, facilitado por máquinas/herramientas que se asemejan al aparato psíquico, a la memoria. Derrida hablaba de un “seísmo archivador”, una mutación radical en la impresión y en la conservación de lo que nos rodea, en los acontecimientos mismos del archivo: “la archivación produce, tanto como registra, el acontecimiento. Esta es también nuestra experiencia política de los media llamados de información” (Derrida, 1997: 24).

Esa estructura técnica ha cambiado y, como señalaba Derrida, produce tanto como registra. Y no solo lo hacen nuestras máquinas, sino las que otros despliegan para canalizar nuestras relaciones personales. Las propias redes sociales, por ejemplo, son un archivo de primer orden que guía y produce nuestras conductas y decisiones, son una poderosísima máquina narrativa que ordena nuestras compras, aficiones, contactos, felicitaciones, etcétera. Y son un archivo que archiva, aunque no del modo tradicional, hasta unos volúmenes insospechados y con fines que nos son ajenos.

Para lo aquí nos interesa, esos dos antecitados aspectos –entre otras muchas cosas que aquí no es posible abarcar– tienen una primera consecuencia: producen

un cambio en las características del documento, alterando sus rasgos fundamentales. Hablando de las notas a pie de página, aquellas en las que se consignan tantas referencias a las fuentes, Marc Bloch decía que el historiador cita “para permitir verificar, cuando sea necesario, el uso que ha hecho de sus informaciones”, de modo que su primer dato consiste en referir quiénes son sus testigos o sus fuentes (Bloch, 2006, 19). Lo mismo recordaba Anthony Grafton al decir que son nuestras credenciales, que nos dan legitimidad, que su función es la de sustentar empíricamente lo que exponemos en nuestros argumentos, diciéndole al lector que hemos hecho nuestro trabajo, que hemos ido al archivo, que hemos extraído la información y que la hemos ordenado de manera correcta (Grafton, 1998, 14). Pero para que todo ello sea posible hemos dado por supuesto que el documento tradicional era fijo y estable, que no cambiaba, que podía ser atribuido a un emisor determinado y que tenía una datación concreta, lo cual significaba asumir asimismo que cualquiera que quisiera consultarlo, una vez registrado y catalogado, podría ver o leer lo mismo, al margen de que cada uno pudiera interpretarlo a su manera, atribuyéndole unos u otros significados.

Esa estabilidad que nos ha acompañado, y que solo podía perderse con la destrucción o debilitarse con la reproducción técnica, ha dado paso a la fluidez. Los documentos electrónicos son volátiles, inestables, frágiles y muchas veces efímeros. Dicho de otro modo, como cualquier otra fuente digital de este tipo, no son como los antiguos, singulares ni únicos, sino avatares de algo potencial, sin forma ni soporte, que es visto y leído de formas muy dispares, sujeto a desaparecer, en unos casos por su fugacidad y en otros por su dinámica cambiante, su variabilidad, su continua actualización. Sin olvidar que, por su propia naturaleza, no es algo que habitualmente llegue al archivo tradicional –y por tanto carecerá de acreditación, de autenticidad–, sino que tiene una archivación distinta, alejada de los parámetros que acreditan lo que es una fuente.

A esa primera consecuencia le sucede necesariamente otra: el archivo, en el sentido tradicional en el que lo entendíamos, queda afectado, al ver erosionada su importancia y cuestionado su papel como monopolio de la memoria, del pasado. Y lo afecta de varias maneras. En primer lugar, pierde el control sobre el presente que ha de archivar, sobre lo que mañana será ya pasado. Y, cuando intenta hacerlo, se diluye su idiosincrasia, porque el nuevo documento digital no tiene fronteras, no reconoce identidades ni memorias nacionales, al generarse o regenerarse mayormente de forma colaborativa, con noticias, reacciones y tendencias que no pueden entenderse si no es en el marco de la red que las conecta, una conexión que es global. Por supuesto, ya no es posible hacer historia del presente “sin mencionar procedimientos y valores mediados por prácticas coloquiales, documentos y flujos de información que dependen en gran medida de los procesos generados por las tecnologías de la información” (Fiormonte *et al*, 2015, 15). No es posible hablar de política y sociedad sin entender cómo está construida

la infraestructura de su red o cómo funciona, ni sin tomar en consideración cómo los algoritmos de los medios sociales manipulan y generan memorias e historias (Sordi, 2018). Y esas redes, flujos, documentos y algoritmos son globales: WikiLeaks anteayer, “#MeToo” ayer...

En suma, el archivo ya no puede verse como el lugar “destinado a suministrar a la memoria colectiva de las naciones los monumentos del recuerdo” (Le Goff, 1991, 170). No solo porque se cuestiona ese elemento “nacional”, que ya no estructura las fuentes que incluye y que no incluye, sino también porque resulta complicado acordar en el presente lo que es memorable y digno de ser salvaguardado, porque los marcos sociales que sustentan ese acuerdo son complejos y sobrepasan los espacios tradicionales y porque el poder (el del Estado, el del Archivo) que sellaba todo ese proceso tampoco tiene el monopolio sobre los códigos de preservación y de uso.

En segundo lugar, el archivo queda afectado porque en la medida que pierde el control sobre el presente, ve disputada su condición de lugar de acceso reglado al pasado. La profusión de “sitios” y de “memorias” alternativas hace que el ciudadano o el investigador prefiera aquello que ofrece mejor “acceso” a las fuentes, sean estas lo que sean, porque es la facilidad de consulta lo que hoy se impone. Con tal abundancia de informaciones y con tantos medios para recuperarlas, el archivo ha de competir en inferioridad de condiciones, de modo que incluso el investigador puede preferir determinados objetos precisamente porque de ellos puede obtener fácilmente la documentación necesaria en la red (ya sea material de archivo o no). Es por eso, entre otras razones, que los archivos digitalizan sus fondos, tanto para cumplir mejor su función de servicio público en este contexto mediatizado como para competir en acceso, más que en contenido. Pero, al digitalizar, se sitúan en el mismo plano que lo que existe fuera y son parte de un océano de datos, de *big data*, convirtiéndose en un banco de datos de informaciones inmateriales. Diríamos que están remediados en todos los sentidos. Aunque no pudo anticipar todas sus consecuencias, Jacques Le Goff ya dejó dicho hace años que “la historia ha vivido una auténtica revolución documental y, además, también aquí el ordenador no es más que un elemento; y la memoria archivística ha sido trastornada por la aparición de un nuevo tipo de memoria: el ‘banco de datos’” (Le Goff, 1991, 175). Y ese banco de datos es ahora toda la web disponible, pues no solo cualquier documento actual está generado de modo digital, sino que la totalidad de nuestro archivo heredado de obras culturales está mutando a formas electrónicas. Y el resultado inmediato es la abundancia.

En tercer lugar, el archivo queda afectado porque en la medida que digitaliza sus fondos, pierde su condición de lugar emblemático y monumental. Incluso para Jacques Derrida –para quien era más bien una abstracción, un dispositivo de poder o un principio histórico u ontológico–, el archivo tenía una domiciliación, una residencia física, un lugar donde residir de modo permanente,

porque en ese espacio los guardianes “no solo aseguran la seguridad física del depósito y del soporte, sino que también se les concede el derecho y la competencia hermenéuticos” (Derrida, 1997, 10). De ahí, pues, que el estatus y el poder del archivo hayan derivado tanto de los documentos que almacenan y del modo de conservarlos como de la propia construcción que los alberga. Cada visita que hacemos a esas instalaciones lo refuerza, recordándonos su autoridad, la que proviene del monumento y la que le confieren sus guardianes. Pero, ¿qué ocurre cuando el acceso no es físico, cuando lo que vemos es un portal de contenidos en el contexto de una red de informaciones inmensa? Ocurre que aquello que tanto apasionaba a Ranke o a Michelet ha dejado de infundir el mismo respeto, aunque metafóricamente pueda seguir desempeñando esa misma función reguladora dentro de la disciplina. Y ocurre que “el archivo no tiene estatus ni poder sin una dimensión arquitectónica, que abarca el espacio físico del lugar en el que está el edificio, sus motivos y columnas, la disposición de las salas, la organización de las ‘series’, el laberinto de pasillos y el grado de disciplina” (Mbembe, 2002, 19). Y, por supuesto, no los tiene sin archiveros.

Resulta curioso constar a este respecto la tensión existente, por otro lado lógica, entre la importancia real y metafórica de los espacios y su desvanecimiento como lugares en los que penetrar. Si bien los grandes depósitos nacionales permanecen en tanto arquitecturas, se convierten cada vez más en monumentos, siendo así resignificados. Es decir, empleando lo que señaló Roger Chartier para otro asunto, representarían una ausencia (ya no es imprescindible palpar sus documentos) pero exhiben su presencia, presentando públicamente la cosa y lo que han significado y significan (Chartier, 1992, 57). Con todo, el edificio del archivo es aún una estatua poderosa y dominadora que enfatiza su sentido –incluso si el contenido es fugaz y volátil o precisamente para contrarrestar eso mismo–, un sentido que es de gran importancia porque ayuda a construir el mundo social y, sobre todo, el histórico.

Quedan aún algunas cuestiones finales a considerar, mencionadas ya de pasada o de forma colateral, que conectan con las preocupaciones de aquellos primeros historiadores del XIX, relativas a la escasez y a aquella herramienta que tanto anhelaban, la del asistente (fichas, inventarios, catálogos). Como he indicado, aquella penuria documental ha dado paso a la abundancia, pero esta exuberancia lo es por la naturaleza digital que tienen hoy los documentos y por la digitalización de los que no la tenían en origen. Pues bien, este último proceso implica su *remediación*, la posibilidad de tratar su contenido como *data* y, por tanto, de utilizarlos de modo distinto y de aplicarles herramientas acordes con ello.

Esta realidad incide de nuevo sobre el acto mismo de archivación. Ya he indicado que si nos atenemos a la idea tradicional, hoy tenemos un archivo (o un documento) y no lo tenemos; está ahí porque se cumple la clásica función de almacenamiento, pero no lo está porque no contiene algo fijo, ordenado, estructurado.

Desde la perspectiva del usuario, contiene datos, informaciones en bruto, no importa cómo se albergue, pues en la medida en que puede ser consultado y manipulado con las nuevas herramientas de búsqueda lo que hace es privilegiar al usuario activo por encima de la fuente estable, dando lugar a una potencial reutilización que lo *rearchiva* más que a una representación fiel de lo que fue. Como ha señalado Wolfgang Ernst, venimos de una cultura europea que privilegiaba el almacenamiento y vamos hacia una cultura mediática en la que predomina la transferencia permanente. Es decir, mientras que en el pasado el contenido de los archivos quedaba sellado, las bases de datos actuales no están sujetas tanto a un cerramiento como a una continua evaluación o recodificación. Y de ese modo, la palabra archivo deviene hoy una metáfora universal de cualquier tipo de memoria y almacenamiento (Ernst, 2015).

Por otra parte, y por eso mismo, tanto la naturaleza de la documentación como la posibilidad de rearchivación constante hacen que los usuarios, incluso los historiadores, puedan desafiar de otro modo la naturaleza tradicional del archivo. En épocas previas, el investigador los visitaba, recopilaba la información pertinente y podía crear su colección, particular y circunscrita a las exigencias de su monografía. Ahora, son las propias máquinas las que posibilitan crear archivos a diario, al permitir buscar rápidamente y con criterios variables. De hecho, rearchivar lo disponible permite que las propias modas historiográficas creen o determinen el archivo. Dada la facilidad para almacenar, en lugar de un Archivo Nacional, podemos crear otros dedicados a la esclavitud, a la memoria, a las mujeres, a determinados grupos étnicos, según las cambiantes necesidades de un grupo particular de estudiosos o según las demandas sociales. Y podemos hacerlo recopilando *data* al efecto en cualquier lugar de la red y remitiendo también a lo que contiene el archivo tradicional, ya digitalizado, con lo cual este último es parte de otro digital que lo ha rearchivado y lo puede cuestionar. Podría decirse, pues, que el archivo se transforma de fuente en materia, de almacén incuestionable de una historia que espera ser encontrada en lugar controvertido para la formación de la identidad y de la memoria (Cook, 2011).

Todo eso es posible no solamente por la condición de *data* que adquieren las fuentes, sino porque podemos rastrearlas y manipularlas a voluntad. Ya no necesitamos las fichas, ni los inventarios ni los catálogos. Los aludidos Langlois y Seignobos señalaban que un historiador en busca de documentos se sentiría satisfecho si “pudiera consultar en alguna parte la relación completa de tales inventarios y sus correspondientes índices” (Langlois y Seignobos, 2003, 67). Pues bien, aquellos utensilios tan capitales hasta hace poco no tienen correspondencia en los archivos digitales contemporáneos. No sólo porque el archivero sea incapaz de revisar y describir detalladamente los documentos actuales –si dispone de ellos, como los miles o millones de correos electrónicos y otros documentos que genera cualquier administración–, sino porque tampoco podrá sintetizar ese

tipo de información de una manera clara, reconocible y ordenada en el sentido clásico. Pero sobre todo porque ya no hay procedimientos de indexación similares ni registro general, ni capacidad de recordar de forma única y prescrita, ni cierre, entre otras razones porque, como acabo de señalar, las bases de datos se renuevan continuamente de muchas formas y, más que leer los documentos, todo está listo para recalcular datos. Y paradójicamente el acceso es más simple, mucho más sencillo, gracias a los motores de búsqueda, aunque ese recurso (mnemotécnico) no funcione como el catálogo, porque también rearchiva.

De hecho, los motores de búsqueda que rastrean un archivo producen activamente en cada exploración –azarosa y no lineal– otro archivo siempre particular, para cada nuevo usuario o para cada nueva consulta. Es la misma operación que se da cuando lo empleamos en la red y cada pesquisa es única, porque ese buscador tiene “memoria” propia y adecua sus resultados a los “recuerdos” que almacena de nuestras huellas previas y nos los sirve personalmente. Por eso, es una herramienta performativa inestable que no representa estáticamente las huellas de un pasado dado, sino que construye la información dinámicamente (Laermans y Gielen, 2007). Por esa misma razón, lo que antaño era un problema, la flexibilidad y la inestabilidad, son hoy meras cualidades técnicas, de modo que el archivo digital deviene inestable, plástico, vivo. Y esas cualidades técnicas, además, nos obligan a usar determinados instrumentos, hasta el punto de que la recuperación de la memoria o de la información se hace difícil o casi imposible de lograr sin los nuevos pertrechos digitales.

Esto, sin duda, tiene efectos de todo tipo, para archiveros y para historiadores. Como nos ha recordado Lara Putnam, esa búsqueda hace que la investigación esté radicalmente más descontextualizada. Por un lado, porque el motor de búsqueda nos devuelve solo lo que buscamos, no su contexto. Si consultamos un periódico, podemos ir directamente al párrafo que contiene la palabra y obviar el resto; si es un documento, no hojaremos otros que lo acompañan, dejaremos de palparlo, olerlo, etcétera. Por otro, porque el mero hecho de acudir a un archivo, de visitar la ciudad en la que se halla y compartir rutinas o dudas con otros investigadores ofrece un contacto y una experiencia de los que el mundo digitalizado carece (Putnam, 2016). Los citados Langlois y Seignobos decían que en el oficio de historiador lo primero era buscar y recopilar de documentos, para lo cual “si pretendemos investigar determinado acontecimiento, sea el que sea, comenzaremos por informarnos acerca del lugar o lugares en que se hallan los documentos necesarios para estudiarlo” (Langlois y Seignobos, 2003, 59). Esa averiguación y la posterior visita ya no son imprescindibles, de modo que la investigación –la mayor parte, se dice– se puede hacer desde el escritorio, sin el trabajo de campo, sin que nos veamos obligados a aventurarnos en lo material, sea la ciudad, el archivo o el documento físico, con la carga histórica de cada uno de ellos. Es algo que acarrea este mundo digital, con implicaciones de primer orden,

pues cualquier herramienta no es simplemente una ayuda para medir una determinada actividad, sino que configura la realidad que mide. Como diría Bruno Latour, “cambie los instrumentos, y cambiará la teoría social completa que los acompaña” (Latour, 2010, 155).

3. Hace ya unos años, la historiadora Carolyn Steedman le dedicó un volumen al polvo –real y metafórico– de los archivos. Su libro insistía en que estos son aún el rito de iniciación profesional más importante, porque son el lugar de nuestros sueños, la morada del pasado, donde esperamos hacer hablar a la tinta del papel, dando vida a los muertos. Pero decía también que, a pesar de que han sido y son la figura arquetípica en el mundo académico, la mayoría de los actuales historiadores los desconoce, porque ya no necesita visitarlos o porque no reflexiona sobre su papel en la disciplina.

Pero es precisamente por su valor axial por lo que no podemos obviar su mutación. Porque, querámoslo o no, el archivo está perdiendo aquella condición de fetiche que tenía, en el doble sentido al que se refería Derrida: en cuanto a lugar físico, histórico u ontológico que nos remite a lo originario, y en cuanto a espacio concreto, a la residencia de los que mandan. Hoy, ese lugar no posee el privilegio que se le confería ni es necesariamente un lugar físico, con lo que no solo el aura del documento queda difuminada, sino que el aura de la propia investigación en el archivo también acaba deteriorada. En suma, sea desde una perspectiva o desde su reverso, la alteración está asegurada: si cambiamos la utilización de los archivos, cambia su forma; si cambiamos la forma, cambia la manera de utilizar los archivos (o los documentos). Y si eso ocurre, si los archivos y los documentos no son lo que eran, la práctica de la historia o de las humanidades se ve igualmente alterada.

Creo no errar si digo que no han sido muchos los historiadores y los archiveros que han prestado atención a ese fenómeno. Pero ya sea por el impacto de Hayden White, en unos casos, o por las enseñanzas de Foucault y Derrida, en otros, el archivo ya no es visto solo como fuente, sino como sujeto, elevando su estatuto teórico y dejando de tratarlo como recipiente de una actividad más bien extractiva (Stoler, 2010). Visto así, es una construcción metafórica primordial que da forma y produce el conocimiento humano, la memoria y el poder, que margina y que privilegia, que puede ser instrumento de hegemonía o de resistencia. No estoy tan seguro, en cambio, de que el poder de los archivos se incremente en la era electrónica –como han afirmado Joan M. Schwartz y Terry Cook (2002)–. Es cierto que el archivo continúa mediando el acceso al documento y que con sus prácticas para facilitar y mejorarlo decide qué difunde y qué no, pero decir que aumenta su poder supondría admitir que mantiene el monopolio del conocimiento sobre el presente y el pasado. Y eso es algo que, como hemos visto, está en discusión.

Solo me resta señalar que necesitamos los archivos, que demandamos igualmente sus funciones de conservación y acreditación, porque en realidad no sabemos cómo abordar la actual profusión de informaciones. Como diría una vez más Derrida, estamos obsesionados con el archivo, por lo que suponen para la investigación histórica y porque satisfacen una necesidad humana emocional, la de la nostalgia y el anhelo de las cosas que podemos encontrar allí, para ser capaces de recordar y revivir esos momentos y conversaciones en un punto posterior en el tiempo.

Bibliografía

- BLOCH, Marc (2001). *Apología para la historia o el oficio de historiador*. México: FCE.
- BLOCH, Marc (2006). *Historia e historiadores*. Madrid: Akal.
- CHARTIER, Roger (1992). *El Mundo como Representación. Historia Cultural: entre práctica y representación*. Barcelona: Gedisa.
- CHARTIER, Roger (1999). *Cultura escrita, literatura e historia. Conversaciones con Roger Chartier*. México: FCE
- COOK, Terry (2011). "The Archive(s) is a Foreign Country: Historians, Archivists and the Changing Archival Landscape". *American Archivist*. v. 74, n. 2, pp. 600-632.
- DERRIDA, Jacques (1997). *Mal de archivo. Una impresión freudiana*. Madrid: Trotta.
- ERNST, Wolfgang (2015). *Stirrings in the Archives: Order from Disorder*. Lanham-Maryland: Rowman and Littlefield.
- FIORMONTE, Domenico et. al. (2015). "Introduction". En: FIORMONTE, Domenico et. al. *The Digital Humanist: A Critical Inquiry*. Brooklyn-NY: Punctum books, p. 15-22.
- GRAFTON, Anthony (1998). *Los orígenes trágicos de la erudición*. México: FCE.
- LAERMANS, Rudi y GIELEN, Pascal (2007) "The archive of the digital an-archive". *Image & Narrative*. v. VII, n.4 (2007). <http://www.imageandnarrative.be/inarchive/digital_archive/laermans_gielen.htm> [Consulta: 03/05/2018].
- LANGLOIS, Charles V. y SEIGNOBOS, Charles (2003). *Introducción a los estudios históricos*. (Francisco Sevillano Ed.). Alicante: Publicaciones de la Universidad de Alicante.
- LATOUR, Bruno (2010). "Tarde's idea of quantification". En: CANDEA, Matei (ed.). *The Social after Gabriel Tarde: Debates and Assessments*. London: Routledge, p. 145-162.
- LE GOFF, Jacques (1991). *El orden de la memoria. El tiempo como imaginario*. Barcelona: Paidós.
- MBEMBE, Achille (2002). "The Power in the Archive and its Limits". En: HAMILTON, Carolyn et al. (eds.). *Refiguring the Archive*. Dordrecht: Kluwer, p. 19-26.
- MICHELET, Jules (1835). *Histoire de France. Vol 2. Libr IV*. Paris: Hachette.

- MÜLLER, Philipp (2010). "Ranke in the lobby of the archive: metaphors and conditions of historical research". En: JOBS, Sebastian y LÜDTKE, Alf (eds.). *Unsettling History: Archiving and Narrating in Historiography*. Frankfurt: Campus Verlag, p. 109 - 125.
- OSBORNE, Thomas (1999). "The Ordinarity of the Archive". *History of the Human Sciences*, vol. 12(2), p. 51 - 64.
- PUTNAM, Lara (2016). "The Transnational and the Text-Searchable: Digitized Sources and the Shadows They Cast". *The American Historical Review*, v. 121 (2), p. 377-402.
- SORDI, Paolo (2018). *La macchina dello storytelling. Facebook e il potere di narrazione dell'era dei social media*. Roma: Bordeaux.
- SMITH, Bonnie G. (2000). *The Gender of History: Men, Women, and Historical Practice*. Cambridge, Mass.: Harvard University Press.
- STEEDMAN, Carolyn (2002). *Dust. the Archive and Cultural History*. New Brunswick-N.J.: Rutgers University Press.
- STOLER, Anne L. (2010). "Archivos coloniales y el arte de gobernar". *Revista Colombiana de Antropología*, v. 46 (2), p. 465-496.
- SCHWARTZ, Joan M. y COOK, Terry (2002). "Archives, Records, and Power: The Making of Modern Memory". *Archival Science*, vol. 2: P. 1-19.

Notas

¹ Este texto se enmarca en el proyecto de investigación HISMED: "Historia y Memoria Histórica online. Retos y oportunidades para el conocimiento del pasado en Internet", Ref. HAR-2015-63582, MINECO/FEDER.

² En todo caso, por azares o paradojas del destino, hoy es una marca registrada que da nombre a un software de gestión de bibliotecas: <http://www.exlibrisgroup.es/products/aleph-integrated-library-system/>